

ARTES Y LETRAS



M.ª José Lacalzada

Es desconcertante la falta de gratitud que suele tenerse con las personas, hombres o mujeres, que penetran las atmósferas más puras del pensamiento, la espiritualidad, el comportamiento y el sentimiento, en afán de servicio a la humanidad. C. Arenal es uno de esos personajes amantes de las verdades, la justicia, la fraternidad... uno de esos buscadores de armonías en quienes el mito de Prometeo se repite.

Casi tenemos olvidado que C. Arenal intentó una reforma moral y religiosa que partía de un sentido perfectible de la naturaleza humana. Tampoco tenemos muy clara su aportación a la sociología y a las ciencias políticas y jurídicas. Reconciliar a la persona con la naturaleza y la razón parecía la manera de elevar las sociedades, los sistemas políticos y las relaciones internacionales hacia esferas más nobles donde fuese posible la realización de la justicia.

Las imágenes de genio aislado, de compasiva dama de caridad y hasta de prudente conservadora han venido protegiendo, envolviendo y sofocando un legado de transformación para las personas y las sociedades. Hoy, C. Arenal parece quedar muy lejos de nuestras necesidades, de aportar soluciones a nuestros problemas... Pero, ¿caso hemos calibrado quién fue, qué dijo, cómo actuó? Retrocedamos a su tiempo histórico.

Una vida insobornable

Concepción Arenal no fue una pensadora solitaria, sino que mantuvo significativas relaciones en España y en el extranjero. Casó en 1848 con Fernando García Carrasco, y cuando nueve años después quedó viuda, ella continuó en la dirección emprendida: extender las luces de la inteligencia y la sensibilidad de humanidad, para que fuese posible romper las redes del despotismo político y del oscurantismo religioso.

Estuvo vinculada muy estrechamente a otros reformadores como Salustiano de Olózaga, la condesa de Espoz y Mina, Fernando de Castro, Gumerindo de Azcárate y Francisco Giner de los Ríos. Entre sus mejores amistades internacionales se encontraron Josephine Butler, Isabelle de Bogel y Caroline de Barrau, que, pertenecientes a iglesias protestantes, trabajan por la emancipación de la mujer, en la corriente del reformismo liberal. También mantuvo correspondencia epistolar con científicos como Wines y Tarde.

Su afán por desvelar verdades y la energía de su carácter se puso de manifiesto en numerosas ocasiones. Después de publicar el folleto «A los vencedores y a los vencidos» (1869), decía a su amiga Pilar de Tornos: «Creo que me pondrá a mal con unos y con otros, pero pienso que me dejará a bien con la verdad. Era una mujer difícil. Su penetrante inteligencia iba unida a una moral inquebrantable. Así expresaba a Jesús de Monasterio, después de ser dimitiada de su cargo oficial como Visitadora de Prisiones (1865): «Todo está dicho en dos palabras, yo he hecho lo que he debido y los demás lo que han

Hoy, cuatro de febrero, se cumple el centenario de la muerte, en la ciudad de Vigo, de Concepción Arenal, una figura cuya personalidad no ha sido valorada en su justa medida; la de una reformadora comprometida con su tiempo. Concepción Arenal no fue una pensadora solitaria, sino que vivió profundamente enraizada en su tiempo histórico y mantuvo significativas relaciones en España y en el extranjero. Pretendió una reforma moral y religiosa que partía del sentimiento perfectible de la naturaleza humana. Su aportación a la sociología y a las ciencias políticas y jurídicas se encuentra en una línea de

pensamiento ilustrado-liberal, que busca reconciliar a la persona con la naturaleza y la razón, elevando las sociedades, los sistemas políticos y las relaciones internacionales hacia esferas más nobles donde sea posible la realización de la justicia. Sobre esta figura, María José Lacalzada de Mateo, autora de la tesis doctoral «Mentalidad y proyección social de Concepción Arenal» (1991), en vías de publicación, desarrollará los días 8 al 10 de febrero, en el Centro Pignatelli de Zaragoza, un ciclo de conferencias que tiene por objeto establecer un diálogo con el personaje y plantear una revisión actual de su pensamiento.

CONCEPCION ARENAL

La voz perdida en el desierto

querido. Era yo una rueda que no engranaba con ninguna otra de la maquinaria penitenciaria y debía suprimirse.

Años después escribía a Pedro Armengol (1877): «Si usted, como es probable, me sobrevive, si usted dedica algunas palabras a mi memoria, bien podrá decir que no he sentido ni el desvío de los gobiernos ni el desconocimiento de la multitud, cosas ambas inevitables: lo más terrible es el vacío que a mi alrededor han hecho muchas personas inteligentes que parecía debían auxiliarme. ¡Parece que inteligencia obligaba!».

Al final de su vida se había referido en varias ocasiones a sí misma como una voz clamando en el desierto. Ya estaba desahogada de influir en la España de su tiempo, pero confiaba en la del porvenir y en el diálogo internacional que mantenía con científicos y humanistas. Así lo expresó a Josephine Butler en una carta fechada en 1880, en la que imploraba a los amigos de la «Grande patrie», al tiempo que les indicaba que quienes trabajaban por la dignificación moral de la mujer en España parecían obreros colocando cimientos bajo las aguas del mar.

A pesar de todos los contratiempos no cedió a pacto alguno y mantuvo permanentemente una voz crítica. Próxima a la muerte se ratificaba en sus convicciones: «La beatitud que proporciona el error es como la del opio; mata al que a ella se entrega, y la verdad es la lanza fabulosa—como la de Aquiles—cura las heridas que hace».

Una obra oscurecida

Aquel tesón le sirvió de poco. El tópico se ha cernido sobre C. Arenal, a quien se atribuye la manida fórmula de predicar caridad a los ricos, resignación a los pobres y de aplicarla en el sentido farisaico que—precisamente y para colmo— a ella repugnó y combatió. Entretanto es ignorada: la fina sensibilidad humanitaria que trató de despertar en las ensoberbecidas clases bien asentadas; la actitud neutral y pacifista que intentaba promover en medio del fanatismo



Concepción Arenal (1820-1893), una reformadora comprometida con su tiempo

mo religioso de aquel tiempo, apelando a la caridad: «a que no piensa mal ni mueve a ira».

Ya no digamos cuando viene a la memoria la célebre máxima—de atribución póstuma— que incita a odiar el delito y a compadecer al delincuente. Sus actividades como penalista fueron bastante más allá: la propuesta de una educación integral y activa para quien ha delinquido, una reforma radical en la institución penitenciaria, una movilización de la sociedad civil para la prevención y la reinserción, una asesoría para la elaboración de las leyes.

Es de público dominio que se dirigió a los marginados: a los pobres, a los obreros, a los delincuentes... y que les habló de re-

forma moral. El concepto moral—en cuanto etimológicamente alude a costumbres— se puede cargar de significado de numerosas maneras. Leyendo sus escritos aparece una moral universal, natural y activa. La reforma moral atañía también a los ricos y a los poderosos. «Ni odio ni idolatría del capital—decía a los señores—, sino reconocimiento de su utilidad y freno de sus abusos».

Tampoco regateó espacio para dejar escritas reflexiones como la siguiente: «Si no hubieran más ladrones que los que roban a los particulares, aun se concibe orden y moralidad que hace de todo punto imposible los que roban al Estado; ellos son los que convierten las rue-

das administrativas en focos de corrupción, contribuyendo a contaminar la atmósfera moral, infinitamente más que los que están en presidio: el delito que se reprueba y se pena no ataca en sus fundamentos a la sociedad, sino el que queda impune y se honra».

La revolución para C. Arenal había de tener lugar en las conciencias. Era preciso desarrollar personas, trabajadores, ciudadanos, creyentes, capaces de elevarse hacia sus expectativas racionales. La humanidad había venido evolucionando desde la pasión, se entreveía la de la razón; en ella el ser humano había de alcanzar la soberanía.

Mientras tanto, Concepción Arenal veía que restos del despotismo y el oscurantismo atormentaban a la humanidad. El poderoso—según observaba—no trabajaba en beneficio de la colectividad, pues un gran poder deprava su sentido moral. Desde que puede todo lo que quiere, quiere más de lo que debe; los omnipotentes no han tenido nunca conciencia. Y, por otra parte, la ilustración estaba poco extendida: «De qué le sirve a la multitud que se reconozca en ella una voluntad, si no tiene para dirigirla un entendimiento?... ¡Si la multitud empieza a moverse, es necesario que sepa a dónde camina; si es fuerza, que sea inteligencia; porque los pobres ciegos, de donde quiera que vengan, van al abismo».

Ella buscaba elementos de esperanza y los encontraba en los sentimientos de fraternidad y la inteligencia. Ambos inspiraban alianzas humanitarias dispuestas a consolar dolores, a encontrarles remedio y a extender el radio de la justicia.

Una mujer persona

Concepción Arenal, buscando su perfeccionamiento intelectual, moral, espiritual, religioso... transgredió todas las normas que sometían, por entonces, a la mujer española. No quiso asumir el papel femenino porque, según ella, «los privilegios del sexo cuestan más de lo que valen».

Así, se infiltró vestida de pan-

talón en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, en las conferencias de los ateos y en las tertulias del café El Iris. Colaboró como periodista intentando concienciar a la opinión. Escribió obras de teatro. Intentó movilizar a la sociedad civil para cometidos humanitarios. Participó en muchas de las polémicas candentes de su tiempo. Fue escuchada con respeto en instancias internacionales. Ocupó por dos veces un cargo en la Administración de Prisiones, coincidiendo con las coyunturas favorables a sus amigos liberales reformistas.

Pocas mujeres habían desarrollado la misma capacidad. Según lamentaba C. Arenal en «La mujer de su casa»: «Cuando la mujer, saliendo de la esfera doméstica, se preocupa de la cosa pública, es a impulsos del fanatismo político o religioso; no tiene medio entre ser diferente o apasionada, y suele dar tal giro a la abnegación de los suyos, que hace menos daño predicando el egotismo. Ni puede ser otra cosa. Inombrante de las leves que rigen el pensamiento y los ajetos, ajena a la gestión de los intereses públicos; desconocedora de la organización política, de los elementos de la sociedad, del bien de que se armonizan, del mal de que chocan entre sí, no ve de los problemas sociales o religiosos más que una parte (a veces muy pequeña), que toma por el todo y al cual sacrifica y quiere que sacrifiquen los otros cuando hay que sacrificar...».

Por eso, C. Arenal se orientó a posibilitar a las mujeres la educación integral, la incorporación al mercado de trabajo, la igualdad de derechos y deberes ante la ley, y a ilustrar el sentimiento internacional que tenía por objeto integrar a la mitad femenina de la humanidad en la misma revolución que había comenzado la masculina en nombre de la libertad, la igualdad y la extensión de la propiedad.

Un minuto de silencio

No es tiempo de alzar a C. Arenal ni como bandera, ni como estandarte. Es preciso tener en cuenta que hoy muchas de sus aportaciones formales quedan desahucadas. Ella trataba de dar respuesta a los problemas de su tiempo y con los medios de entonces. Poco puede contar una voz llegada del siglo XIX, a nosotros ciudadanos del XX, cansados de estar de vuelta, aunque a veces sea sin haber ido a sitio alguno.

Sin embargo, Concepción Arenal es uno de esos filósofos filántropos que ha logrado penetrar las leyes de la naturaleza y la razón, y ahí radica su sentido universal. Somos nosotros quienes, anclados en este mundo de sombras, no terminamos de comprender su mensaje.

Transcurridos 100 años de su muerte, su obra queda cual se fingió en el desierto esperando, al que se acerque con disposición al diálogo, a respetar su enigma, a dejarse invadir por la aspiración a lo sublime, ya que «Sólo la verdad, la virtud y la belleza tienen horizontes infinitos. El que a ellos no se dirige, rico o pobre, se arrastra por las miserias del mundo moral».

LIBROS ARAGONESES: Historias, documentos, fueros. FRAGMENTOS MUSICOS: La obra de Clemente Barrachina. ANTROPOLOGIA: Estudios Bajoaragoneses (Página 2) □ Viaje al sueño americano. Irving Singer (Página 3) □ NARRATIVA: Alvaro del Amo. Antonio Espina, un vanguardista. ENSAYO: Las meditaciones de Robert Nozick (Página 4) □ POESIA: Olga Orozco. Los «clásicos» de Calvino. ARQUITECTURA: Los paisajes de Teodoro Pérez Bordetas (Página 5) □ DE ARTE: Crítica de exposiciones (Páginas 6-7) □ LIBROS DE VIEJO: «Contra viento y marea», de Mario Vargas Llosa. Julien Green. ARTE: Las «Coplas» de Jorge Manrique, ilustradas (Página 8) □